

días y estando ya el espiritista brasileño en Lima, causando desórdenes en las afueras del estadio donde atendió, Fujimori decidió contestar la pregunta de un reportero acerca de Teixeira expresando que él mismo, alguna vez, había acudido a este tipo de curanderos y había surtido efecto en su caso, añadiendo además, con su sazón demagógica, que había que respetar las creencias de la gente. Que los diarios, a la mañana siguiente, se llenaron de titulares en torno al caso de «Fujimori espiritista», no hay ni qué decirlo. A los pocos días, y antes de partir precipitadamente del país por los desórdenes y por las protestas del Colegio Médico, João Teixeira hizo una visita al Presidente en Palacio de Gobierno, terminó de curarle un dedo fracturado, se tomó fotografías con sus hijos y obtuvo de éste la promesa de volver al Perú en calidad de «invitado especial» del gobierno y con todas las garantías para ejercer su actividad. El Presidente, convertido en empresario, pero no del progreso del país, sino de su seguro anclaje en la inmovilidad. Mientras tanto, las vírgenes seguían llorando, quién sabe si por el cólera o los celos, pero la televisión les hacía menos caso.

Parece, entonces, cosa de conciencias extraviadas hablar de cultura y solicitar ayuda económica para realizaciones en este área, cuando la vida humana se halla amenazada a niveles más elementales. ¿Qué puede dar de sí un profesor si su reducido sueldo lo ata a la angustia de la sobrevivencia? ¿Cómo hacer volver a las escuelas al treinta por ciento de alumnos que desertaron este año? ¿Cómo convencer a nadie de que el estudio y la cultura son una inversión para el futuro? ¿Cómo vender esa idea a los miles de adolescentes y jóvenes que pueblan las calles viviendo del comercio informal y de la venta de dólares del narcotráfico? ¿Cómo, si no hay una decisión que los devuelva a una vida productiva y restituya la dignidad a los maestros y a los seres de este país que trabajan por su cultura? El Perú vive los síntomas de una parálisis y su organización estatal está trabada por los problemas del terrorismo y la economía que el gobierno define como asuntos primordiales de su política, pero que no enfrenta de manera adecuada. Las soluciones en lo económico no atienden los conflictos sociales y el terrorismo sigue siendo afrontado sólo desde el lado militar.

Mientras esta parálisis continúa y los profesores se declaran en huelga, las editoriales se hunden poco a po-

co, los músicos de la Sinfónica emigran o tocan en orquestas de salsa, los investigadores no encuentran la bibliografía necesaria para sus estudios, se hace teatro y danza gracias a los milagros que algunos de sus exponentes han aprendido a hacer, y escritores y artistas visuales siguen produciendo en medio de una crisis que los arrincona y reduce su libertad, el Presidente decide demostrar su preocupación por una de las instituciones culturales más agobiadas, la Universidad estatal. Ex Rector de una de ellas y ex presidente de la Asamblea Nacional de Rectores, debía conocer sus agudos problemas para subsistir y funcionar en orden. Quizá por ello hubo quienes en el medio universitario creyeron que brindaría a la Universidad una especial atención cuando accedió a la Presidencia, así como se pensó lo mismo respecto al problema agrario, por el hecho de ser ingeniero agrónomo. Acude a dar un discurso en el acto celebratorio central del cuadricentésimo cuadragésimo aniversario de la fundación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima y anuncia que el gobierno otorgará una partida especial de ochocientos mil dólares para realizar obras de reparación del Estadio de la ciudad universitaria. A la semana siguiente, llega a este campus universitario y al de la Universidad Nacional de Educación de La Cantuta a pintar las paredes de sus edificios, acompañado de efectivos del ejército armados no sólo de botes de pintura, brochas y rodillos, sino también de fusiles y ametralladoras.

Una Universidad como San Marcos, desde hace muchos años, no dispone de dinero ni se lo dan para adquirir libros para sus bibliotecas, ni para reacondicionar sus aulas y servicios higiénicos, mucho menos para equipos, mantenimiento, ni para realizar publicaciones o para garantizar servicios de agua, luz y transporte. ¿Cómo debe recibir la comunidad universitaria, que se las arregla como puede para no permitir que este centro pare, este donativo para mejorar su aspecto más prescindible? El silencio fue la respuesta hasta el momento. Pero no lo ha sido en el caso de la visita del Presidente pintor. Más allá de la repudiable respuesta violenta de los grupos terroristas infiltrados en la universidad peruana, como en otros estamentos del país, y que no la representan a pesar de lo que difundan los medios de comunicación, la mayor parte de sus alumnos y profesores han rechazado este súbito interés por pintar las fachadas donde los grupos terroristas y otros pintan sus lemas; ellos sa-

ben que el problema universitario, constantemente postergado, no se soluciona con una mano de pintura. Detrás de esta actitud del ex Rector y actual Presidente de la República está la misma disposición despreciativa e impositiva que las fuerzas armadas demostraron siempre hacia la cultura universitaria; la figura ultrajada de un Fujimori recibido a pedradas por aquellos elementos no cubre suficientemente al señor de vocación autoritaria que, no habiendo coordinado debidamente su visita con las autoridades universitarias y sin desconocer el tipo de reacción que ella podía provocar acudiendo en compañía del ejército, desliza el mensaje de que la solución de los problemas universitarios requiere sólo de mano dura y no de la dotación adecuada de recursos que permita un mínimo dominio de la compleja situación y sea, a la vez, una señal de respeto hacia esta institución. El Señor Presidente no quiere que ese triunfo pertenezca a la Universidad, y deja abierta la trocha para una intervención futura.

Está claro que a los representantes estatales les importa muy poco lo que se intente hacer por el desarrollo cultural del país, y a los periodistas tampoco, y menos aún lo que intelectuales y artistas opinen, no sólo sobre sus áreas de actuación y desde ellas, sino sobre la marcha del Perú en general. Está claro que estas voces no tienen valor para ellos, y es una lástima. Hoy en día, cuando se buscan respuestas a conflictos se llama a los economistas y luego a los políticos, a pesar de que la realidad prueba a diario cuán endebles o insensibles son los cálculos puros. ¿Para qué acudir a un filósofo, a un historiador, a un escritor o a un artista, si a falta de economistas siempre hay curanderos?

Ana María Gazzolo



Carta de Venezuela

TTT sin censura en la Biblioteca Ayacucho

Fundada en 1976 por decreto presidencial, la Biblioteca Ayacucho alcanza este año sus 150 volúmenes, con la publicación de *Luces y virtudes sociales (y otros textos)* de Simón Rodríguez (1771-1854), el renovador pedagogo venezolano que fuera maestro de Simón Bolívar.

A lo largo, pues, de 15 años, la Biblioteca Ayacucho ha ido cumpliendo su proyecto de reunir los autores y obras más destacados del pensamiento y la creación continentales. Un repaso de su catálogo nos entregaría los nombres de Bolívar (*Doctrina del Libertador*), Pablo Neruda (*Canto general*), José Eustacio Rivera (*La vorágine*), Rubén Darío (*Poesía*), Sarmiento (*Facundo*), Juan Rulfo (*Obra completa*), José Asunción Silva (*Obra completa*), Roberto Arlt (*Los siete locos. Los lanzallamas*), Mario de Andrade (*Obra escogida*), Julio Cortázar (*Rayuela*), César Vallejo (*Obra poética completa*), José Carlos Mariátegui (*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*), Euclides da Cunha (*Los sertones*) y un largo etcétera que incluye a José Martí y Alejo Carpentier, Machado de Assis y Gilberto Freyre, Jorge Isaacs y Ricardo Palma, Juan Carlos Onetti y Vicente Huidobro, con Carlos Fuentes, García Márquez, Sandino y Pedro Gómez Valderrama entre los últimos títulos. No han faltado tampoco las antologías

de literaturas indígenas, del teatro rioplatense, de cuentos venezolanos, de la poesía gauchesca, de tradiciones hispanoamericanas, del pensamiento político de los siglos XVIII y XIX, de costumbristas cubanos, etc.

La relativa parsimonia (10 volúmenes anuales como promedio) de la BA se explica por el trabajo de preparación de cada volumen, que ha incluido siempre un prólogo —en general, verdaderos ensayos monográficos— firmado por especialistas como Fernando Alegría, Antonio Cándido, Noé Jitrik, Miguel León Portilla, José Miguel Oviedo, Darcy Ribeiro, Cintio Vitier, Leopoldo Zea y similares, una bibliografía y una cronología. Esta última, además de la vida y obra del autor, detallaba la época a lo largo de un centenar de páginas, hasta la publicación, en 1987, de la monumental *Cronología. 900 a.C.-1985 d.C.*, en volumen aparte.

En realidad, contando con otras colecciones de la BA como la de «Iconografías» y con las dos inauguradas este año, «Textos claves» (antologías de bolsillo de las obras ya publicadas) y «La expresión americana» (títulos complementarios: *Recuerdos de provincia* de Sarmiento, *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*, la biografía de Flora Tristán, por Luis Alberto Sánchez...), alcanzaríamos los 170 volúmenes. A ellos habrá que agregar, en 1992, el anunciado *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, obra colectiva en la que se viene trabajando desde hace varios años.

TTT sin censura

El título más reciente de la BA es la edición integral de la novela *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante: un verdadero *one-man-show* pues, excepcionalmente, el mismo GCI firma tanto el prólogo como la cronología. Por primera vez en castellano, se restituyen al texto los 22 párrafos suprimidos por la censura española en la edición de Seix Barral de 1967.

Escribe su autor, en el prólogo titulado «Lo que este libro debe al censor», que el original de *TTT* fue sometido «a toda clase de censura, y su censor lo consideró en su día obsceno, moralmente objetable y políticamente condenable.» *TTT* «ha sido todas estas cosas a la vez». No iba dirigido ni contra Roma ni contra Moscú: «De hecho no hay libro más apolítico —que es lo que lo ha

hecho tan político—. Es un libro censurado en una parte del globo y prohibido en otras simplemente porque su autor y no el libro está en el *Index Prohibitorum Autorum*. Mi vida es la historia de la pelea de un escritor contra los censores. Mi libro, como prometía y nunca cumplió Isadora Duncan, es mi vida. Pero mi vida no es mi libro, y no deben tomarse las diversas voces cubanas que lo integran como la mía propia. Pero mis censores pensaban, piensan todavía, otra cosa.»

Cabrera Infante subraya que el verdadero «protagonista» y el «tema central» de su novela es el lenguaje, el español. Cosa que —agrego yo— la crítica ya había establecido y que quizá deberíamos saber desde la «Advertencia» que abre el libro en todas sus ediciones: está escrito «en cubano»: «Es decir, escrito en los diferentes dialectos del español que se hablan en Cuba y la escritura no es más que un intento de atrapar la voz humana al vuelo, como aquel que dice. Las distintas formas del cubano se funden, o creo que se funden, en un solo lenguaje literario», predominando el habla habanera y en particular la jerga nocturna.

Ese «intento de atrapar la voz humana al vuelo» en la escritura, ese coro de hablas cubanas (cuya poética estaría, por cierto, cercana a la del Severo Sarduy que, en *Escrito sobre un cuerpo* afirmaba: «esa interacción de texturas lingüísticas, de discursos, esa danza, esa parodia, es la escritura») desató, sin embargo, una de las más sonadas polémicas de la literatura cubana, recogida en las páginas del entonces vivísimo *Caimán Barbudo*, en las que Heberto Padilla, a contracorriente de la opinión «oficial», caracterizó a *TTT* como «sin duda una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez».

A continuación, GCI se refiere a la génesis de *TTT*, llamado originalmente *Vista del amanecer en el trópico* (con ese título publicó otro, en 1974, en Seix Barral) y que decidió reformar tras sus problemas con la Seguridad del Estado cubano, en La Habana, en 1965, que lo llevaron al exilio, e igualmente por la censura franquista, que había prohibido inicialmente el libro *entero*. No había, pues, otro recurso —dice el autor— que reescribirlo y volverlo a presentar a la censura con un título distinto. Del material inicial quedaron unos 120 páginas, a las que se añadieron más de 300 nuevas.

Seix Barral, incomprensiblemente, ha seguido imprimiendo la versión censurada del 67. Cabrera Infante cierra su prólogo señalando las tres obsesiones «censuales» (sic) del mutilador de su obra: «las tetas», los militares y Dios. Concede, sin embargo, que debe al censor el que la última línea de la novela sea «ya no se puede más», al quedar eliminadas las frases siguientes: tal lo ha dejado, tanto en esta edición como en las traducciones que, anteriormente, reintegraron los cortes de la censura.

Sin embargo, la relectura de este *TTT* «integral» no depara mayores sorpresas ni cambia prácticamente en nada esencial el texto. La primera supresión la encontramos en las páginas 25-26 de la reimpresión de Seix Barral de 1975 (que es la utilizada como base por la Biblioteca Ayacucho, tal como se aclara en su «Criterio de edición»): unas 140 palabras eliminadas, la descripción de un acto sexual (caricias al falo, penetración, felación) observado y contado por una niña.

En la p. 75 (siempre de Seix Barral) las tijeras censoras volaron 21 palabras (descripción de unos pechos); 15 en la p. 115 (términos como orinar y mear); 123 en la p. 116 (Ribot describe cómo besa y mientras tanto acaricia los senos de Vivian); más o menos 500 palabras, una página entera, en p. 152, dedicada a las fotografías de Livia desnuda y a su desnudez real: otra vez, la obsesión del censor por los pechos femeninos.

Una seducción contada parcialmente en términos cinematográficos, 360 palabras, es lo que habíamos perdido en la p. 166 de Seix Barral. También la pudibunda —y excitada— descripción del *show* porno, en boca de Mr. Campbell, sufrió un corte de 55 palabras, en p. 177. Otra vez, es una sola palabra: «militar», lo suprimido —en dos ocasiones— en p. 204, así como «deicida» en p. 229. Pero puede ser también, inexplicablemente, una nota a pie de página (232), 29 palabras en la parodia de Virgilio Piñera.

Tres fragmentos cercanos, 130 palabras, en la p. 396, describían un beso y, sobre todo, la succión de unos pechos: ¡fuera! Los cortes, como se ve del inventario —que no voy a proseguir— son de una pornobriedad tan triste como ingenua, que deja intacto no sólo el erotismo del original —y quizá, lo aviva con sus elipsis...—, sino sobre todo su inagotable calidad, su vigencia 25 años después, más allá del *boom* y de las discusiones del momento, que se enconaron posteriormente con el «caso Padilla».

Las 10 páginas de la «Cronología» (vida y obra del autor), también firmadas por Cabrera Infante, son otra pieza literaria que desborda lo biográfico. Refiriéndose a *Un oficio del siglo XX*, escribe que al recoger sus críticas de cine, agregándoles un prólogo, un epílogo y un interludio, en 1962, quiso convertir el libro «en una pieza de ficción ligeramente subversiva. El libro se propone probar que la *única* forma en que un crítico puede sobrevivir en el comunismo es como ente de ficción».

Volviendo sobre la censura total del *TTT* original en 1965, confiesa: «La procedencia de este rechazo no le impide ver que el libro es un fraude, que cuando lo compuso, su oportunismo político, una forma de ceguera picaresca, pudo más que su visión literaria —y se entrega al revisionismo antirrealista, rescatando a los verdaderos héroes del lumpen de entre el maniqueísmo marxista: completa *TTT*, devolviendo al libro no sólo su título sino su intención original».

Sobre *La Habana para un infante difunto*, afirma que es «la primera novela erótica seria que se publica en español desde 1515», es decir, desde *La lozana andaluza*.

Debemos, pues, a la Biblioteca Ayacucho, la edición sin censura —y comentada por su autor— de *Tres tristes tigres*: son unas rayas más para el mismo zarpazo.

Julio E. Miranda

